

RELATO

PEDRARIAS DE ALMESTO

El caso es que sonó el teléfono. Era mi hermana mayor.

—Oye, que hemos estado en el pueblo y he traído algunas cosas. Vente a por unas fotos antiguas del tío; seguro que te interesan. También he traído unas cuantas novelas de Zane Grey y un par de tomos de los Premios Nóbel.

—Voy ahora mismo.

Nos llegaba un tenue olor a gamones, a jaguarzos o a los mismos allosos vareados, tal vez el aroma recio del barzal liliáceo que acosaba a la pared de mica y cuarzo. Un cefirillo solano, extraño, templaba el anochecer y llenaba el altozano de aquel perfume silvestre, cabe la rústica casa de campo.

Mirando al mediodía, tras la tupida depresión, solana y umbría, del arroyo de Valdelaosa, contemplábamos el perfil del Camino de la Cumbre, por donde las fatigas de los cosecheros regresaban al tibio amor del candil. Más allá la lontananza de los predios garrovillanos, borrados ya entre el ocaso y la noche. Alguna lucecilla trémula adornaba el horizonte oscuro.

En el portal de la casa rústica había un poyo largo de piedra en forma de ángulo recto, de forma que sobre el brazo que sobresalía se alzaba un paño de pared, a modo de respaldo, para que los que allí se sentaban estuviesen a salvo del hostil viento solano.

Cuando los vareadores y las apañadoras habían dado la huebra y, a pie o a lomos de jumento, habían vuelto a la noche del lugar, en la casa de aquella finca quedábamos un grupo de personas para pasar la noche del monte. El tío, la tía, un par de allegados de confianza, una mozueta sobrina de la tía y un servidor, que por entonces rondaría un par de lustros.

Mi tío era alto, lígrimo, rojizo, lucía un terno de pana fina amielada, calzaba leguis con hebillas laterales y llevaba casi todo el día un sombrero gris de ala estrecha y cinta oscura. Era hermano mellizo de mi madre y como con su mujer, la tía Ángela, no había tenido descendencia, nos cobijaban a aquella mozueta y a mí en las temporadas estivales de la recogida de la almendra.

Los dos braceros eran Claudio y Valentín “El Chato”, primos de la tía. Dos hombres oscuros por la solajera y el viento. Los tres habían estado en la contienda.

En la puerta de la casa alumbraba la escena la luz de un carburo, cuyos efluvios me producían un inexorable empalago olfativo. Dentro, cabe la lumbre, en el alcabor de la chimenea, la tía y la mocita se afanaban sobre unas trébedes con sartén, en la que humeaba el aceite.

El tío se terciaba en una mecedora de madera con lecho de lona; los dos hombres se encucillaban sobre unos tajicones grandes de corcha y yo atendía sentado en una sillita de maderas torneadas, pintadas de negro, y asiento de eneas trenzadas.

Hablaban de la faena, de la labor de las gentes y de las bestias, pero puedo recordar que con frecuencia la tertulia del ocaso sereno, en aquellos días, derivaba indefectiblemente hacia aquel asunto que absorbía mi atención.

Hablaban.

“Don Alfredo Castro Serrano...parece que lo estoy viendo, qué tío más “templao”; liaba unos cigarros gordos que se le apagaban de continuo, y luego con aquel mechero todo el día encendiendo aquellos tacos. Regimiento de la Victoria, Batallón LXXV...¡Presentes!...No sé cómo salimos de aquel pueblo, cerca de Madrid, aquel pueblo...Villa...Odón...¡Villaviciosa de Odón! ¡Y el capitán? ¡Cómo se llamaba, coño?...el capitán...Álvarez Entrena, sí; pero el nombre...no me acuerdo. ¡Madre, la que nos cayó allí! Teníamos enfrente a los de Lister, nada menos. ¡Y hala “palante”, me cagüen diela!...Cuando nos relevaron no quedábamos ni veinte. Yo pensaba que si no había caído allí, ya no caía. La madre.....”

Claudio abría un librito, sacaba un papel, lo sostenía con el pulgar y el corazón izquierdos y con el índice doblado repartía la picadura de bote de hebra que echaba desde la petaca. De

un bolsillo del chaleco sacaba la mecha, chiscaba la rueda y encendía el cigarro. Se quedaba absorto mirando los recuerdos en la oscuridad de la noche serena.

—*¡Felipe! Venga para dentro.*

La tía avisaba de que la cena estaba lista. Entrábamos. Había una mesa redonda, baja, en la mitad de la estancia. El tío arrimaba un sillón de palo y tanto los dos braceros como yo trasladábamos nuestros asientos de la calle. En la mesa había cuatro platos con un huevo frito en cada uno y en el medio uno de porcelana con presas de tocino.

—*Cuando acabes, te bebes el vaso de leche* —me decía la tía, mientras lo ponía junto a mi plato.

—*Yo no quiero leche* —protestaba yo.

—*Te la tomas y en paz, morena.* —sentenciaba el tío.

Mientras dábamos cuenta de la cena, los perros entraban y salían, ladraban frenéticos en la oscuridad y volvían luego a por algún pedazo de pan que volaba por el aire. A veces salían los tres juntos y se alejaban con sus ladridos hacia la noche oscura de las grandes canchaleras.

—*Hoy la zorra no anda lejos* —comentaba alguno.

Acabada la colación, volvíamos a la luz del carburo, y la tertulia retomaba el hilo con los asuntos cotidianos...y con aquellos sucesos no tan lejanos.

Hablaban.

“Cutáino, Daniel “Velina”, con lo contento que estaba siempre. Andaba mi compañía en lo de Navalcarnero, cuando Pedro Lifón, que estaba de asistente con un capitán, me dijo que Daniel había caído en Toledo, que no sabía dónde, pero que, por lo visto, la metralla de una bomba lo había reventado y que aunque aguantó unos días...sanseacabó.

¿Sería en lo del Jarama, no?

Digo yo. ¡Cómo las pasaron allí, me ca...! Pues anda que Andrés “Capitán”...dos días estuvo tirado de barriga en un surco sin levantar la cabeza y las balas ¡fiú! ¡fiú! rozándole el gorro. Las pasó de a kilo. Lo del Jarama fue muy gordo ¿no?

Y lo otro, y lo otro, nos ha jodido. Nosotros pasamos por Belchite y vimos como había quedado; madre mía, la que hubo allí...

La podenca, a veces, se acercaba y se sentaba junto a Valentín “El Chato”, parecía que atendía también a los relatos del ayer. Valentín hablaba o escuchaba y pasaba su mano por el lomo de la perra. El animal a veces ronroneaba, mirando con fijeza el gran hoyo de las peñas.

—*Quieta, “Chispa”...quieta.*

El sobre es grande, amarillo oscuro, marrónáceo, atejado, está abierto y ajado. Los bordes están comidos por el tiempo y el papel muestra ya la debilidad consecuente. Lo he abierto levantando la doblez triangular y he vaciado su contenido sobre la mesa. Hay cuarenta o cincuenta fotos más o menos, de variados tamaños. Fotos viejas, antiguas, medianas, chicas, pequenísimas. Las hay adheridas a un cartón, redondas, respunteadas con bordes de ondas minúsculas; algunas están rotas, a otras les han cortado, a tijera, alguna figuras; en las más hay alguna anotación, nombres, fechas, en el reverso.

Blancos pálidos, negros, grises, sombras amarillentas. Casi siempre posan, miran a la cámara. Todos muertos. El abuelo y la abuela, aquellos tíos lejanos, grupos. El tío y la tía en un viaje con más gente, los pantalones anchos, el sombrero grande, la chaqueta ajustada, ¿Sevilla?, el tío a caballo, las botas camperas, espuelas; estos son mi padre y mi madre, jóvenes, tal vez aún novios, ese el otro tío, un grupo de hombres en torno a un velador y en sillas de tijera; el tío sobre una peña con la escopeta en las manos, al fondo un piélago de agua ¿el Tajo? ¿La Rivera?...esta otra...una foto pequeña con cenefas alrededor, la imagen un tanto imprecisa, borrosa, pero suficiente para percibir una circunstancia y geografía distintas.

Abajo hay nieve, luego una suerte de pared de grandes piedras que parecen de granito, sobre ellas más nieve; en el centro de la foto, dos hombres: Uno está de pie, con el brazo diestro apoyado sobre el quicio de una puerta, lleva jersey de lana gorda y un gorro parecido a un fez moro, y se ven en el nítidamente dos estrellas; el otro está sentado e inclinado sobre una mesita y parece que está escribiendo; la puerta, sobre la que se apoya el que está de pie, lo es de una construcción rudimentaria, sobre lo poco que se ve de ella, el cielo blanco y a la derecha un árbol, cubiertas las ramas de nieve. Miro el reverso: “Zona del Moro, Diciembre 1938, Alto del León”.

La habitación principal de la casa era la anchura en la que comíamos y cenábamos, con su chimenea, alacena y una enorme burra de madera para los cántaros y la tinaja del agua. La tinaja estaba cubierta con una rodela de madera con asa, y sobre ella, boca abajo, había un bote de zinc para sacar el agua y beber.

Había varias perchas en las hojas de pared libres, de las que pendían algunas prendas, la escopeta del tío y una canana con cartuchos. A la diestra, según se entraba, había un dormitorio con una cama grande de matrimonio, de cabecera y bajera de hierro negro,

sobre las que lucían borlas doradas, y otra cama más pequeña y rústica en la que dormía aquella muchacha.

A la izquierda de la anchura había un saloncito con mesa y sofá, y más al fondo una breve celda dormitorio en el que yo maceraba y absorbía el misterio de los sueños y de las noches del monte. Mi cama era de las que llamaban turcas: Dos estructuras de madera que sostenían una tabla y sobre ella un colchón de borra.

Claudio dormía en el sofá y Valentín en un jergón en el suelo.

“La policía montada del Canadá”, “Las minas del rey Salomón”, “Simba: la lucha contra el Mau-Mau”, Gary Cooper, Stewar Granger, Dirk Bogarde...¿aquello era la guerra? Los domingos por la noche había cine en el pueblito. Cine “Avenida”. Aquellas películas eran el mundo más allá del horizonte para un infante asombrado. ¿De qué hablaban Claudio, Valentín y el tío? La guerra...los moros.

Por el ventanuco de aquella celda en la que dormía, cuando pasaba la temporada de la almendra con los tíos, entraba el aire susurrante de la noche del monte. Se oía, ¿se oirá aún?, un quejido impreciso que, si débil y lastimero, se percibía nítido en medio de la noche; ¿era el autillo?, ¿el cárabo?, ¿decía algo el chotacabras? Recuerdo el tauteo de la zorra y la alarma continua de los perros; pero, al cabo, me dormía sobre la borra con un sueño estremecido por el latido nocturno del monte y el tableteo de las ametralladoras en los entornos de Teruel.

Del sueño profundo del albor me sacaba la mano de la tía al mecarme el hombro.

—*Vamos, que ya está bien.*

Me lavaba la cara, como los gatos, con el agua de una palangana que había en el poyo de la puerta, y luego, fijo en las brasas de la lumbre, desayunaba un gran tazón de café blancuzco con pringadas.

De una alcayata de la pared, indefectiblemente, pendían, cada mañana, dos o tres conejos con la panza blanca abierta. De noche aún, el tío se levantaba, cogía la escopeta con sigilo y desaparecía en la oscuridad del último negror del alba. Se apostaba sobre un vivar y no tardaba en empiolar un par de gazapos.

El tío dirigía la labor de vareadores y recogedoras. Claudio y Valentín cargaban lo sacos de almendras sobre las bestias y los llevaban al pueblo. Regresaban al caer la tarde. Se lavaban con el agua de un pozo artesano que estaba a veinte pasos del otero de la casa. Y venían luego al sosiego de la puerta.

Yo escuchaba atento aquellos relatos.

—*Tábor, mi alférez. Mande mi alférez. Parece que lo estoy viendo...José,*

siempre fue José. Se llamaba Abdel, Abdul, Abdula Yusuf, o algo así, pero todo el mundo José para arriba, José para abajo. Vaya tío. Cuando salí de Valladolid del curso y me destinaron al tabor, me hice al caso de que se acabó el carbón: Cadáver efectivo...De aquellos de mi promoción, me parece que ni la cuarta parte podemos contarlo, hay que joderse..."

Yo me helaba cuando oía al tío. A veces él hacía largos silencios y a mí me pareció ver alguna vez un brillo extraño en sus ojos.

"No hace mucho me llegó una carta suya. Ya es comandante. Mi capitán: D. Luis de las Heras Ramírez. Está en Sevilla. ¡Cagüendiez, qué abrazo me dio el día que fui a despedirme! Es que han sido dos años juntos...en tantos sitios. Dos tenientes y tres alféreces se quedaron atrás, y nosotros dos ahí, aguantando...y ellos, los moritos del tabor, cada dos por tres otro pelotón que llegaba. Tarea para José. El que se desmandaba, al cabo José y vardascazo va, vardascazo viene. Luego dirán lo que quieran...mira desmanes...y quién no. Era un tío templado, y atento: Que no perdía un detalle, oye. Siempre: Traiga mi alférez, yo se lo llevo, mande mi alférez. Bueno, cuando había cordero, ni los bombazos, ni los "chatos", ni los "moscas", ni nada nos distraía de aquel festín. ¡Cómo preparan el cordero los moritos, madre mía!

Me acuerdo una noche...sí, en este lado del río, que estábamos preparando los planes del día siguiente camino de Mora de Ebro, y nos había traído José unas tazas de té mentolado, cuando oímos una discusión fuera de la tienda. "¡Que te pego una hostia, moro cabrón...quítate de ahí...;dónde está el alférez Muñoz!"; salimos y sabéis quién era: Rosendo "Petaca", que se había enterado de que mi tabor estaba cerca y había pedido permiso para venir a verme..."

Sigo examinando despacio el montoncito desordenado de fotos viejas. Han pasado ya cuarenta años y mi herida memoria inmediata, sin embargo, se vuelve clara y diáfana con aquellos días de infancia. Hay varias mujeres sentadas en torno a un barreño y cada una tiene sobre las haldas un recipiente. Par de ellas hay montoncitos difusos que deduzco que son las cáscaras de las almendras, porque caigo en la cuenta de que es un grupo de peladoras. Claro, nos juntábamos a veces a media tarde a la tarea. Esas mujeres miran a la cámara y ríen. De pie está él con su inseparable vara de paseo. De pronto una descarga de adrenalina: Una foto me estremece el pálpito y un temblorcillo me recorre el sentimiento. Sentado en la base de unas grandes canchaleras, un adolescente de calzonas, con un palo largo de gamón entre las piernas, mira sonriente al fotógrafo: Soy yo, claro, allí en la puerta de aquel vivar que había entre la casa y el declive hacia los canchos de la Laureana. Miro esa cara y mi esencia de hoy se diluye en una nostalgia insoportable. ¿Qué ha pasado desde aquellas jornadas de monte y campo entre ese niño terso y alegre y este adulto de peso inexorable sobre los hombros?

Me siento en la sillita, entre la "Chispa", que está echada en el suelo, y Valentín "El Chato". El tío enciende un cigarro y habla.



Tabor de Regulares. Camino de Mora de Rubielos

“Fue a mediados de noviembre. Teníamos enfrente a los de Tagüña y menos fuerza ya que un hilo. Estábamos reventaditos y esperábamos el relevo de un momento a otro. De día, los artilleros, juncia que te crio y nosotros metidos bajo tierra; y de noche, sin pegar ojo, muertos de frío y con la pistola en la mano. Sería el 12 o el 13 quizás, me llamó el capitán y me dijo: “Felipe, mañana hay que tirar para adelante. Esos de ahí enfrente se están retirando. Yagüe dice que es el momento”. ¡Qué noches, coño....! Si se les oía hablar al otro lado...” ¡Fascistas, cabrones, venid aquí si tenéis huevos!” Que jodíos, los rojillos. La chazarrina fue con los que no pudieron pasar el río. ¡Me cagüen...! Y luego para abajo, una zurra de caminatas limpiando aquello de grupos desperdigados. Volvimos a pasar cerca de Teruel, hacia Alicante”.

Muevo con los dedos el montón de fotos y de repente un nuevo sobresalto: Bajo un grupo de tres o cuatro asoma una pequeña foto, y el corazón empieza a latir más deprisa. Ahí están, son ellos. Es una carretera de tierra que se estrecha hacia el fondo. A la izquierda hay peñas y árboles y a la derecha un declive de terreno, una cuneta larga que acaba en matas espesas de sardón y otros árboles. Una columna de soldados avanza por el medio de la carretera, de modo que vemos a los que encabezan la marcha y luego la masa de hombres se alarga hacia atrás hasta perderse en la última curva del ancho sendero.

Hay cinco figuras abriendo camino. El primero de la izquierda es un moro con chilaba bajo la cual asoman los pies; lleva un gorro parecido a un turbante y con la diestra ase la correa del fusil que carga en el hombro derecho. A su derecha hay un hombre alto, no lleva nada en la cabeza y va cargado con prendas bajo el brazo derecho y

sobre el hombro izquierdo lo que deben de ser varias mantas, ¿el cabo José? En el centro de la fotografía un hombre con la cabeza descubierta, luce chaquetón, pantalones de montar y botas altas negras que en algún punto relucen; en el bolsillo derecho del gabán asoman unos papeles blancos, ¿el capitán de las Heras?; más a la derecha...es él...es el tío; lleva fez en la cabeza y se percibe débilmente la mota blanca de la estrella de alférez, lleva una especie de capote echado para atrás, pantalones oscuros hasta algo más abajo de la rodilla, polainas y botas blancas, como las del moro José y las de la última figura de la derecha: Un morito pequeño de pantalones anchos, polainas, botas blancas, trinchas, fez y fusil al hombro....Es el tábor.

Cierro los ojos y me veo en la puerta de la casa de campo mientras anochece. Ellos tres hablan; hablan dentro, junto a la lumbre, la tía y la muchacha. ¿Dónde está el tiempo transcurrido?...Acaricio la pequeña foto con dedos temblorosos; la giro y leo en el reverso: “Abril de 1939. Carretera de Mora de Rubielos a Albentosa. Teruel. Tábor de Regulares”.

